
Cortés escritor

Christian Duverger

La historia es la violencia que asesina el sueño.

CARLOS FUENTES

Habiendo salido de Cuba en 1519 con 500 soldados, 16 caballos, 14 bombardas y 13 escopetas, Cortés supo, en dos años, volverse amo del inmenso territorio de los aztecas, situado entre dos océanos y poblado por 18 millones de habitantes. Todavía hoy, esa hazaña conserva su parte de misterio. Para comprender la complejidad de esta conquista de México, de fuerte contenido dramático, existe un texto clave, la crónica de Bernal Díaz del Castillo, intitulada *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. La obra, publicada en Madrid en 1632, se debe a la pluma de un miembro de la pequeña tropa reunida por Hernán Cortés. Testigo ocular de los más mínimos hechos y gestos de la conquista, Díaz del Castillo toma al vuelo las imágenes impactantes sin perder nunca el hilo de la epopeya. Su texto explica la aventura de Cortés multiplicando las anécdotas, captando los estados de ánimo, pintando los actores del drama. Un poco a la manera de un

cineasta, alterna las amplias tomas que sitúan el decorado y las tomas cerradas que siempre localizan detalles simbólicos. A través de mil paginas, con un estilo un tanto exuberante, reconstituye esa increíble odisea que es la aventura de su vida. La historia de Cortés está, a decir verdad, llena de sorpresas, hecha de altibajos, de espectaculares volteretas, de imprevistos y de golpes de efecto. Los éxitos militares conducen a las emboscadas políticas. La gloria se disuelve al volverse cotidiana.

Todo ese desarrollo de la aventura cortesiana restituida en su materia humana, al ritmo de las caballadas y de las batallas fotografiadas con una precisión a veces clínica, toda esa historia en curso de fabricación captada en su propio movimiento, se lo debemos al ojo y a la pluma de Díaz del Castillo. Cronista sin igual, se ha impuesto como testigo ineludible, cuya riqueza de información es universalmente reconocida. Pero destaca de la cohorte de cronistas oficiales –los Oviedo, Gómara, Herrera, Cervantes, Solís– por un estilo inimitable, mezcla improbable de pitorreo popular, de franqueza y de espíritu épico. Con sus vueltas atrás, sus disquisiciones, sus repeticiones, sus elipsis, sus páginas de tono encendido, el texto de la *Historia verdadera* es en realidad la obra de un escritor. Más allá del tema tratado, se percibe en él una música propia, se lee la marca de una personalidad de gran originalidad.

Resultaba entonces tentador averiguar más sobre ese Díaz del Castillo, cronista-soldado del siglo XVI, quien pasó del anonimato de un cuerpo expedicionario al panteón de la literatura hispánica. En mi libro *Crónica de la eternidad*, decidí seguir sus huellas en Guatemala en donde el viejo conquistador se había transformado en terrateniente. Pero dicha búsqueda me sumergió en la duda. Lejos de ofrecernos una apacible biografía, Díaz del Castillo se desvaneció ante mis ojos. El supuesto héroe de la conquista aparece por primera vez en un documento histórico fechado en 1544, al momento de contraer matrimonio en Santiago de Guatemala.

Según las cuentas que podemos hacer, Bernal Díaz tiene, en esa fecha, una edad aproximada de cincuenta años. Lo que significa que, hasta esa avanzada edad, Bernal Díaz no ha generado ni en México ni en Guatemala ningún documento jurídico que permitiera certificar su existencia. Bernal comienza su vida con medio siglo de misterio. Tampoco encontramos ni una línea, ni la más mínima mención de Díaz del Castillo en los escritos de Cortés! Las otras crónicas permanecen igualmente mudas. Nadie menciona nunca a Bernal Díaz como actor de la conquista. En octubre de 1520, en el momento en que el joven rey Carlos hace su entrada en Aquisgrán para ir a arrodillarse en la capilla octogonal de los Carolingios, en el momento en que se hará coronar emperador germánico, Hernán le hace saber al monarca que en ese otro imperio que es México él, Cortés, ha sido electo capitán general y que sus hombres le piden ratificar dicha unción. Esa «carta del ejército de Cortés al emperador» nos ha llegado. Tiene 544 firmas. Vale decir toda la tropa. En ella Cortés publica la lista completa de sus «electores». ¿Podríamos imaginar que algunos hubieran podido escabullirse? Ahora bien, buscamos en vano a Bernal Díaz.

De manera sistemática, mi libro hace el inventario de las dudas que genera la enigmática silueta del soldado cronista. Cuestiono la ubicuidad de Bernal que escucha detrás de las puertas, lee el correo de Cortés, narra la boda del conquistador, revela detalles íntimos de su vida y ¡está presente al momento de la lectura del testamento del marques del Valle! Ese diablo de hombre lo sabe todo. Absolutamente todo sobre Cortés. ¿Es creíble que asista a las entrevistas con el emperador Carlos V, que pueda captar y rememorar palabra por palabra los diálogos intercambiados entre el conquistador y el soberano azteca? Pongo en tela de juicio sus lecturas: lo sorprendemos leyendo libros prohibidos o a veces ¡no publicados! Cuestiono su fabulosa memoria a los ochenta y cuatro años de edad. También su impresionante cultura, muy sorprendente para

un soldado raso. ¿Cómo y cuándo ha podido conocer a Homero, a Tito Livio, a Salustio, a Flavio Josefo? ¿Sería Jugurta –largamente citado por Bernal– un héroe de la cultura popular? ¿Era de conocimiento público que el triunfo de Sila generó un agudo conflicto con Mario, que este último era nativo de Arpino y que fue siete veces cónsul? Con Bernal, estamos a un grado de cultura que sobrepasa las nociones comunes. Desfilan en su relato Julio César, el emperador Augusto, que llama Octaviano, Pompeya, Escipión, Aníbal, Alejandro Magno, Mitrídates, último rey del Ponto, Atalarico, Atila, el paladín Roldán, los barcos regresando de Tarsis, Ofir y Saba, los pintores Apeles, Miguel Ángel y Berruguete...

Hemos llegado al final de la investigación provistos de una certidumbre: Bernal Díaz del Castillo, veterano de la conquista pasando apacibles días en su retiro de Guatemala, no es el autor de la *Historia verdadera*. Aún protegido por algunas mentiras, aún refugiado en prudentes silencios, bajo el ininterrumpido y nutrido fuego de la investigación, Bernal no pudo burlar la verdad. Su papel se reduce al de cómplice de una mistificación, ciertamente casi perfecta, pero mistificación al fin y al cabo. De hecho, Díaz del Castillo hubiera sido totalmente incapaz de escribir la *Historia verdadera* por una sencilla razón: es probablemente iletrado. Éste nos entrega su secreto en una carta escrita a *Carlos Quinto* [*sic*] el 22 de febrero de 1552. En una prosa confusa, quien en este caso firma como Bernal Díaz del Castillo le escribe al emperador para quejarse del presidente de la Audiencia de los Confines, Alonso López Cerrato y solicitar favores. «Yo, como leal criado, lo declaro lo mejor que puedo a Vuestra Magestad [...] y no mire a la mala polezía de las palabras, que como no soy letrado no lo sé proponer más delicado sino muy berdaderísimamente lo que pasa» [*sic*]. ¿Sería pues Díaz del Castillo simple y llanamente analfabeto? Está fuera de toda duda que su mujer Teresa Becerra es analfabeta al punto de que ni siquiera saber firmar. Parece imposible imaginarla como esposa de un erudito, gran maes-

tro de la retórica, lector de Tito Livio y de Flavio Josefo, viviendo rodeado de resmas de papel y de libros prohibidos. La versión prosaica de un Díaz del Castillo más o menos iletrado corresponde seguramente mejor a la realidad. Así se explican las variaciones en la grafía de sus cartas: pueden haber sido redactadas por terceros o por escribanos públicos de poco talento.

Si todas esas consideraciones tienden a descalificar al regidor de Santiago como el autor de la *Historia verdadera*, si Bernal es un fantasma, un prestanombres, ¿quien escribió el famoso texto? Al final de mi investigación, la pista desemboca en la persona misma de Cortés. Se probaron los diversos candidatos, pero el capitán general nos aparece como el único en situación de escribir la *Historia verdadera*.

Llegada a este punto, la investigación sobre Bernal cruza otra investigación relativa a los últimos años la vida de Cortés. Todos los biógrafos de Cortés comparten una característica: presos de una indecible vergüenza, no osan abordar el tema del final de la vida de Hernán y se conforman con ser incompletos. Aquí hay un engaño. Los biógrafos de Cortés obedecen de hecho a una ley de silencio impuesta por Díaz del Castillo y por Gómara. Veamos la estructura de la *Historia verdadera*: ¡más de 200 capítulos están dedicados a la conquista y a la expedición de Las Hibueras, mientras que el periodo posterior a 1540 cabe en un escueto capítulo (Cap. CCIV)! Hojeemos la *Historia de la conquista* de Gómara: al final de su obra, el cronista salta a pies juntos de la exploración de California (1539) a la «muerte de Cortés» (1547) que solo ocupa un capítulo minimalista (Cap. CCLI). ¿Por qué los historiadores dedicados al estudio del siglo XVI no se han interrogado sobre esa curiosidad? ¿Qué oculta ese silencio? De manera bastante curiosa, ese silencio de los dos principales cronistas, apoyados en 1566 por Cervantes de Salazar, ha nutrido una interpretación «ideológica» del personaje: a su vuelta a España en 1540, el conquistador habría

caído en una suerte de anonimato ligado a su desgracia política. Su prestigio se habría erosionado rápidamente y habría muerto en la indiferencia general y en la pobreza. Se trata claro está de una fábula imaginada por los enemigos de siempre. Cortés en España, en los años de 1540, es una leyenda viva, un héroe de la hispanidad y de la cristiandad. Nada ha perdido de su influencia, de su vitalidad, de su brío. Excluido está imaginarlo como cantidad omisible, como viejito apagado, paralizado por los reumatismos. Vive como gran señor y está, como lo fue toda su vida, metido en maniobras e intrigas. Pero la meta ya no es volverse amo del imperio azteca. Ahora es la de pasar a la posteridad presentando su mejor perfil.

El 13 de mayo de 1543, el emperador romano germánico deja España y se embarca en Palamós para un viaje planeado sin retorno. Carlos I de Castilla y Aragón acaba de tachar de un plumazo su vida española. Cortés, su competidor político, ya no tiene interlocutor. Ante esa huida, esa evanescencia de poder, ¿qué hacer? El curso de la vida del conquistador va a cambiar de cauce. Seguir otro rumbo. Salir de lo temporal. Es en ese preciso instante cuando se abre un hoyo negro en la biografía del conquistador. Entre mediados de 1543 y mediados de 1546, durante tres años, Cortés desaparece ante nuestros ojos. Tres años es mucho para un hombre como Hernán. ¿Qué ha hecho de esas mil y una noches? Ahí está su secreto. Puesto que se trata de un secreto: Cortés va a escribir.

Poco después de la partida del rey, a principios del mes de mayo de 1543, Cortés decide instalarse en Valladolid, la antigua capital de los reyes de Castilla. Es verosímil que siga la Corte: ahí es donde eligió residir el muy joven regente Felipe. Pero fiel a su personalidad poco ortodoxa, el viejo conquistador hará de Valladolid un uso no cortesano. En efecto, el tiempo apremia. El conquistador de México tiene cincuenta y ocho años. Decidido ya a no buscar la aprobación oficial por la obra acometida, en adelante sin ilusiones sobre la política, insuficientemente religioso para en-

tregarse a Dios, Cortés se vuelve hacia la posteridad. Lúcidamente orgulloso, quiere fijar el recuerdo de su vida en la Tierra y esculpir su estatua para la eternidad. Decide, así, escribir sus Memorias.

Pero el asunto es complicado. De hecho, el conquistador ya ha escrito memorias de juventud. En el fragor de la batalla, redactó una suerte de reportaje en directo sobre las operaciones de conquista llevadas a cabo de 1519 a 1526. Tuvo la habilidad de componer sus relaciones bajo forma de cartas dirigidas al emperador. Lo que hace de Cortés el inventor de la *carta abierta*. Todas sus *Cartas de relación* fueron enviadas a la imprenta, forma naciente de la comunicación globalizada. Al reivindicar a los ojos del mundo la paternidad de su conquista, Cortés quería evitar que le sea robada en el secretismo de algún despacho. Mejor que nadie, el viejo conquistador conoce el poder del libro, la magia multiplicadora de la imprenta. Sus *Cartas de relación* conocieron muchas ediciones, de difusión exitosa, en varios idiomas. Y sucede lo increíble: en marzo de 1527, la Corona emite una cédula que prohíbe la impresión, la venta y la posesión de las *Relaciones* de Cortés. Los ejemplares existentes son confiscados y quemados en plaza pública en Sevilla, en Toledo, en Granada. La edición prevista de la *Quinta carta de relación*, terminada el 3 de septiembre de 1526, se suspende. Cortés ya no puede escribir. Esa prohibición llega demasiado tarde para contener la notoriedad del conquistador, aunque sí constituye un duro golpe. En 1543, cuando Hernán quiere hacer el recuento de su vida, ¡se le sigue prohibiendo escribir!

Entonces Cortés tiene una idea. Una idea que no lograron detectar los reflectores de la historia, pero que es factible reconstruir a partir de la cuidadosa búsqueda que llevé a cabo. Es tan imprevisible como desconcertante: el cortesano pasará a la clandestinidad. Decide crear un personaje de ficción detrás del cual podrá refugiarse, un conquistador anónimo testigo permanente de la empresa mexicana. El asunto es arriesgado. Hay que constituir un perso-

naje creíble que sea admirador de Cortés sin ser adulator; hay que dotarlo de una verdadera consistencia humana, inventarle un carácter, tics de lenguaje, obsesiones. Sobre todo, hay que guardar el secreto: esa invención, enérgica respuesta al despliegue de una censura al acecho, no debe en ningún caso filtrarse fuera de los muros de la casa. Solo hay una técnica para darle la vuelta a lo prohibido con éxito: el silencio.

Pero Cortés es un ser dual. Su naturaleza lo fuerza a afinar su proyecto. Al conquistador anónimo, redactor clandestino, le adjuntará un cronista oficial. En lugar de escribir un relato, escribirá dos. Homotéticos. Uno público, el otro secreto. Así es cómo contratará a Gómara. Con absoluta delectación, Cortés le dictará a su cronista patentado el contenido de los capítulos de su epopeya, sabiendo que algunas horas más tarde hará que hable su conquistador anónimo con todo el ímpetu de rebelde que se puede manifestar frente a alguien que nunca ha puesto los pies en Nueva España. El testigo ocular contra el cronista de gabinete: el binomio es ideal, atractivo, conflictivo a pedir de boca. Cortés juega de lleno con el efecto de contraste. El escritor ha encontrado la fórmula; resta transcribirla en papel. Ello le tomará casi tres años. Perfectamente concebido, perfectamente realizado, al montaje sin embargo le costará trabajo burlar la censura. Gómara tropezará. Pero el resultado póstumo rebasará todas las expectativas. Gracias a la *Historia verdadera*, no solo la epopeya de Cortés pasará a la historia, sino que también, y sobre todo, el genio literario de su autor.

Se debe, creo, enlazar esa preocupación literaria con una empresa que el conquistador ha desarrollado en Valladolid paralelamente a su trabajo de escritura: ha creado una Academia. El asunto es apasionante, puesto que entramos ahí en contacto con una faceta poco conocida del personaje. Probablemente desde su llegada misma a la vieja capital de Castilla en mayo de 1543, Cortés se da a la tarea de constituir a su alrededor un grupo de letrados que

se reúne con regularidad en su casa. Bajo el nombre de Academia, ese club de reflexión se impone reglas; al principio de cada reunión se escoge un objeto de debate; luego, se nombra por turno un secretario de sesión que deberá redactar el tenor de los intercambios bajo forma de un texto para la impresión. Conocemos todos esos detalles gracias a uno de los miembros de esa compañía, Pierre d'Albret, también conocido bajo el nombre de Pedro de Navarra o Pedro de Labrit. Sus muy instructivos *Diálogos* retoman todos los temas de discusión desarrollados en la casa de Cortés.

Así, mi libro detalla la firma estilística de Cortés en la *Historia verdadera*, sigue la vida del manuscrito después de la muerte del conquistador, explica el contexto de la aparición de Bernal Díaz del Castillo en Guatemala, enfoca las interpolaciones del editor del texto en 1632, el mercedario dramaturgo Alonso Remón, analiza las seis manos del *Manuscrito de Guatemala* presentado como «autógrafo», identifica las fuentes del retrato de fantasía atribuido a Bernal.

Puedo entender la tristeza de todos los huérfanos de Bernal. Era un hombre que despertaba mucha simpatía, el soldado cronista de nuestra juventud, con su rústica franqueza, su tono épico, sus sabrosas digresiones, su admiración crítica por Cortés. En mi libro, es cierto, Bernal se esfuma. Pero por eso no va a cesar de vivir. Es un producto del azar y de la tendencia de los personajes ficticios a cobrar vida; producto de la creencia, puede conservar este estatuto. Cervantes ha ilustrado a la perfección esas dos modalidades de la percepción de lo real: la de Don Quijote y la de Sancho Panza. La de la fe y la de la sensatez.

En realidad, la sorpresa, a veces crítica, que se manifiesta frente a mi investigación de diez años es generada por la irrupción de Cortés en el escenario. A la tristeza de perder a Díaz del Castillo se suma el dolor de descubrir tras el conquistador de México, a un hombre culto, recopilador de archivos, historiador y escritor, actor del Renacimiento. Y todos los laureles otorgados a Bernal durante

un siglo ¿no tendrían que ceñir ahora la cabeza del aborrecido Cortés? Claro está, necesitamos tiempo para acostumbrarnos. Pero surge una pregunta de fondo: ¿cuantos años más tendremos que seguir repitiendo la «leyenda negra» forjada en el siglo XIX?

Hay que recordar que Cortés no fue siempre satanizado. En 1794, en la Nueva España, Cortés es un héroe de la patria. Con la bendición del virrey, es celebrado como primer independentista, inventor del mestizaje, padre fundador del México moderno. El 8 de noviembre, recibe el homenaje de un mausoleo en el Hospital de Jesús, inaugurado con un discurso de Fray Servando Teresa de Mier. ¿Descanso eterno? No. El 16 de septiembre de 1823, el mausoleo es desmantelado y la tumba de Cortés saqueada; se buscan sus huesos para que sean quemados en San Lázaro. Cortés se ha vuelto el villano de la historia, la estatua del comendador intratable y amenazadora. Entre estas dos fechas, ¿qué ocurrió? El reguero de pólvora de la independencia de México que arrastró, en 1821-1822, la independencia de una gran mayoría de países latinoamericanos. El 2 de diciembre de 1823 vendría la famosa «doctrina Monroe». Impulsados por esta postura diplomática, los Estados Unidos lanzaron una vigorosa campaña de propaganda antiespañola para desprestigiar toda la acción de los españoles durante los tres siglos de Conquista y Virreinato: así nació la leyenda negra. Y la culpa de la colonización recayó sobre los conquistadores.

Nacimos en México con la visión de un Cortés bárbaro, brutal, animado por una búsqueda frenética del oro, capaz de matar a todo un pueblo para robar sus tierras. En ese panorama, el conquistador fue siempre presentado como «feudal» o «medieval» y cargado de todas nuestras ideas preconcebidas sobre el siglo XV. Mi biografía «Cortés» ha intentado matizar el cuadro; a pesar de su nacimiento en 1485, Cortés es plenamente un hombre del siglo XVI y del Renacimiento. No solo absorbió la modernidad de los círculos cultos de la época, sino que, por carácter propio, es un gran

moderno: republicano en un mundo monárquico, liberal en un ámbito inquisitorial, católico enemigo de la iglesia secular, favorable a la libre empresa en un contexto de monopolios estatales, defensor de la mujer en una sociedad ultra masculina. Creo que Cortés ha podido compartir la modernidad intelectual de algunos de sus contemporáneos, como Antonio de Guevara o Fernández de Oviedo, personalidad sutil bastante desconocida. Una gran mayoría de los temas debatidos en su Academia de Valladolid son de impresionante modernidad, apegados a la dimensión social de la acción pública. Por otra parte, no me sorprende ver a Cortés tomar su papel en la revolución cultural del Renacimiento: el paso del latín a los idiomas nacionales como vehículos literarios. Veo a Hernán como hombre de su tiempo. Pero, es cierto, esa cara del conquistador, la estamos descubriendo. Debemos tomarnos el tiempo para acostumbrarnos. Y aquí, creo, yace la especificidad de mi libro: además de estudiar de manera interdisciplinaria los archivos, la literatura, el ámbito político del siglo XVI, tomé también en consideración la carga ideológica actual del personaje de Cortés como un parámetro de mi estudio. Identificar el filtro permite quitarlo. Es lo que hice. Mi libro es producto de un método y de una disposición de espíritu. Además, a pesar de su dimensión erudita, el libro está escrito para el público y no para un cenáculo.

Quisiera terminar con una sugerencia: hay que releer a Díaz del Castillo sabiendo que es la pluma de Cortés la que escribe. No hay prueba más evidente: todo toma sentido y el placer de la escritura de Hernán se vuelve impactante. Entramos en un mundo de exquisitos sobrentendidos y accedemos a un segundo grado hasta ahora inaccesible. Y si completamos la prueba agregando la lectura simultánea de Gómara, nos daremos cuenta de manera evidente que las dos crónicas son sinópticas.

Ch. D.